

Rafael Maluenda (1)

La mujer del cabaret



A función comenzaba a las diez de la noche; pero de ordinario el cabaret no entraba en plena actividad hasta después de la salida de los teatros. De manera que los parroquianos—gente sin experiencia que va a los «café-cantantes» con la idea de que allí se oye cantar y se toma café—, que antes de las doce se metían en el cabaret, difícilmente se hubieran imaginado el barullo que reinaba en la sala en las primeras horas del amanecer.

Las tonadilleras, sentadas en torno de las mesitas del fondo del salón, se pulían las uñas o se mordían los dedos, en actitudes que acusaban hastío y fatiga; por turno se alzaban del asiento sacudiéndose los faldellines confianzudamente, y cruzaban por delante de la pequeña orquesta para «hacer su número», mecánicamente, sin entusiasmo y sin dignarse fijar la atención en los pocos parroquianos tempraneros, que ellas clasificaban despectivamente como neófitos sin importancia dentro del rango que crean la farra, el matonismo y la aventura.

La orquesta «cumplía» el programa isócronamente; y hasta los mozos—vestidos de negro y con escotadísimos chalecos que trataban de imitar el smoking, sobre unas pecheras ajadas, de blancura dudosa—permanecían como adormilados junto a la en-

(1) Nació en 1885. Sus obras «Escenas de la vida campesina», «Los ciegos», «La pachacha» y «Venidos a menos», lo señalaron como un apasionado y diestro buscador psicológico. Es, en la actualidad, Director de «El Mercurio» de Santiago.

trada, apoyados de espaldas contra la pared y sosteniendo en sus manos ociosas el paño de servicio.

Cuando de algunas de las pocas mesas ocupadas partía un «¡pst!», los mozos tendían el cuello para informarse desde lejos, como si adivinaran que la propina no iba a compensarles una mayor diligencia. Reservaban sus actividades y atenciones para más tarde, para cuando el barullo, el ambiente caldeado de fiebre placentera y el donjuanismo farrero abren margen al «cobro de más» y al «vuelto de menos».

Y precisamente cuando el programa oficial iba agotándose comenzaba a llegar la gente, los contertulios habituales cuyo conocimiento del cabaret se adivinaba en la confianza con que hacían venias a las tonadilleras y llamaban a los mozos por su nombre.

Entonces los parroquianos tempraneros comenzaban a retirarse, ya por que se les cumpliera el tiempo que se fijaran al entrar, ya porque algo les embarazaba para alternar con los que iban llegando y que se saludaban como gentes que se conocen y se tratan sin embarazo.

Eran grupos de jovencitos empeñados en exagerar maneras de viejos trasnochadores, jovencitos trajeados con servilismo a la moda, de caras rasuradas y en las cuales la intención de evidenciar aplomo ponía un gesto cínico. Eran viejos vividores, de rostros fatigados, trasnochadores impenitentes que sin ulterior propósito «matan la noche» delante de una copa de whisky o un schop de cerveza, metidos en conversaciones bullangueras y baladías. Eran cómicos en receso que sobrellevaban su cesantía «aceptando» copas y cigarros en los grupos de gente nocharniega que gusta de lucirse en camaradería con estos faranduleros de la escena. Eran bebedores de oficio, remoladores impenitentes, periodistas, boxeadores, saltimbanquis, cocotas, actrices, coristas, todo ese mundo que vive intensamente en las horas en que el burgués que llena su día de trabajo busca el descanso en el sueño.

Separadamente o en grupos iban llenando el cabaret. Las

vozes, los gritos, el ruido se imponía poco a poco por sobre los sonos de la orquesta; el ir y venir de los mozos se volvía diligente; sobre las mesas humeaban los «portos calientes» con sus pajuelas; las tonadilleras se ubicaban junto a sus habituales festejadores; los recién llegados iban haciendo antesala junto a las cortinas de la entrada para descubrir sitio vacío entre aquel mar de cabezas. De pronto alguien daba la orden para despejar el centro del salón, donde se efectuaba el baile. Irrumpía la orquesta sonoramente con los compases del «one-step» y del «fox-trot», y entonces sí que entraba el *Bal-Tabarín* en plena actividad.

Y aquel rumor sordo que emergía del seno de esa atmósfera caldeada se hubiera dicho el latir de un corazón sacudido por la fiebre de la lujuria y del alcohol.

* * *

José Tondal tenía costumbre de ir al cabaret en compañía del caricaturista Figueras—una figura popular y prestigiosa en el mundo de la galantería y del donjuanismo nocharniegos—y de Salteri, un empresario teatral, hombre que para Tondal tenía en aquel ambiente de coristuelas, de actrices afónicas y de estrellas de cuarto orden, el valor de un domador de fieras en plena jaula de exhibición.

Tondal gustaba de la compañía de estos dos hombres porque, aparte de que eran ingeniosos, ocurrentes y agradables, mantenían en torno de la mesita que resolvían ocupar, una especie de profilaxia. En efecto, todos los concurrentes les saludaban con atención pero sin hacer nada por ir a sentarse junto a ellos, cohibidos por el cáustico ingenio de Figueras cuyos chistes, celebrados con unánimes risotadas, no desdeñaban blanco en todo ese abigarrado mundo del *Tabarín*. Y con respecto a Salteri, su especialidad consistía en enfriar con una sola frase—a veces cruel, pero siempre oportuna.—las coqueteerías y presunciones de esas mujeres que nada tienen de artistas y que venidas de no se sabe

qué rincones de la urbe acudían al *Bal-Tabarín*—bajo pretexto de cantar tonadillas—a recoger un poco de ese venusino prestigio que los escenarios regalan a las mujeres y que aumenta el precio de sus ajados encantos.

Al principio, atraídas por la figura para ellas desconocida de Tondal, solían después de su número venir a sentarse a la mesita de los tres amigos. Tondal, obsequioso, les ofrecía una copa con atención deferente. Y ellas—obrando dentro de esa lógica de las estrellas de cabaret que tratan de hacerse valer, pidiendo licores finos—ordenaban al mozo:

—Media Pomery...

—¿Media?—interrogaba Figueras. ¡Qué ocurrencia, siendo de confianza no se debe ni tomar a medias... Toribio, tráigale una Pomery entera; y se la apunta a la cuenta!

—¿Cómo?—saltaba la mujeruca, presintiendo la chunga.

—Claro, aquí tomamos cerveza... Pero no impedimos que una «artista» como Ud. tome algo mejor...

Salteri remataba el golpe confianzudamente:

—Pero, hija, ¿cómo quieres que aquí te pague en una copa lo que yo no he querido pagarte por una semana de canto?

—Tratándose de la bellísima Otero—corroboraba Figueras—; se le pueden regatear quince pesos por el canto; pero porque no cante ¡vamos!... Ud. está en la categoría de las tonadilleras cuyo silencio es oro...

Una silla corrida con violencia, un bufido, dos carcajadas al aire..., y de nuevo los amigos renovaban su interrumpida charla.

Así habían, desfilado por aquella mesita todas las estrellas del *Tabarín*. Pocas, muy pocas, afrontaron dos veces las saetas y picardías de Figueras y Salteri; y al fin únicamente dos mujeres venían a hacerles compañía, sabiendo que contra su cínico desparpajo bien poca mella hacían los irónicos dardos del caricaturista y del empresario. Y éstos, por su parte, las trataban ahora con ese compañerismo amable que se establece entre las

mujeres que se venden y los hombres que ellas saben que no las compran a ningún precio.

Eran dos mujeres de cierta edad: la más vieja se hacía llamar «la Princesa», a la otra la nombraban «bella Carmen».

De ellas recogía Tondal las referencias que perfilaban en su imaginación las verdaderas figuras de aquellas tonadillas: muchachitas escrofulosas y pintarrajeadas que lucían extremidades esqueléticas y se apuntaban en los carteles con nombres simbólicos, «Viola», «Violeta», «Venus de Milo», «Granito de Oro», etc. Coristas criollas que dejaron las tablas por el más lucrativo negocio de las tonadillas y que con menos presunción elegían para aquella vida del cabaret sus nombres de pila: «la Rosalía», «la Ernestina», «Pepita», etc. Y las había también venidas de afuera—del hampa nocharniega de la cosmópolis del Plata—; mujeres de origen italiano, argentinas, catalanas con pomposos mote de guerra: «Estrella Levantina», «Glory», «la Española», «la bella Chelito», etc.

De entre todas una sobresalía tanto por su experiencia cabarettesca—que hacía las delicias de los habitués—como por su figura singular: era una negra, una negra nacida entre los cafeteros dominicanos, una negra de jeta rojiza, de narices anchas, de color aceitunado, vestida con trajes llamativos. Era alta, de cuerpo cimbreante y modos provocativos; y llevaba como detalle original de su atavío una pulsera de similar en torno de la canilla magra de su pierna derecha, sobre la cual la media calada solía plegarse con ese desgaire de las banderas en torno del asta. La llamaban—también—«la bella Stuffard».

Figueras solía decir que era la única «estrella» que despertaba en él pasiones de astrónomo; y avanzaba detalles con objeto de justificar su preferencia singular...

Alguna vez Tondal le dijo:

—¿Y en qué topas? Hazle el amor.

—No puedo; las negras tienen algo que no puedo soportar: el olor a coko.

* * *

Una noche, el monótono programa de todas las veladas tuvo un número de novedad: el estreno de una nueva tonadillera cuyo nombre ni Figueras y Salteri recordaban en los programas de tales espectáculos: «la Brasileira».

Cuando apareció sobre el estrecho tabladillo, Figueras interrogó a la Princesa:

—¿Y ésa?

—No sé, chico, pero es una grulla que no sabe de la misa la media en estas cosas.

Peró la bella Carmen vino en defensa de la nueva.

—Vamos, ya estás tú tirando navajazos. Déjala. ¿Qué te importa? Es una como todas: viene a ganarse la mosquilla y con todo derecho. Ni es mejor ni peor que todas nosotras.

—Mujer, si no voy a ojearla. Digo que parece que no conoce el ramo, y nada más.

En efecto, los tres amigos, pasado el número de «la Brasileira», convinieron en que aquella mujer no sabía nada de tonadillas ni tenía condiciones para suplir con alguna otra habilidad aquella ignorancia.

No era fea. De mediana estatura, bien formada, de facciones agraciadas y con una dentadura muy pareja y muy blanca que era como la flor de su figura. Pero cantaba con un acento afónico y sus modos en la escena iban desde el movimiento desgarbado de una colegiala recitando versainas, al descoco exagerado de una cortesana que hace gala de su cinismo.

Salteri observó:

—Hombre, a esa chica todo parece que le queda ancho. Si no se mueve con cuidado, se va a salir por el escote del vestido.

La bella Carmen confesó con naturalidad:

—No te burles; son trajes míos y naturalmente no le van. La pobre no tenía cómo salir a escena.

Tondal, que observaba con atención, dijo:

—No sé decir si esa mujer pretende disimular su ignorancia de colegiala con esos cinismos burdelescos, o al contrario: con su aparente colegialada trata de suavizar su desparpajo de...

La bella Carmen manifestó:

—Convídala a una copa y te enteras del caso.

—No faltaba más—dijo Figueras—, nuestras curiosidades son gratis.

—Es que ésta—observó la Princesa—, quiere que Uds. la festejen para que reciba la alternativa de buenas manos

La bella Carmen se irritó:

—Mira, te ruego que no le hagas los puntos. Es mujer que merece una atención de Uds., yo conozco su vida y...

—¿Y?...

—...cada uno tiene su alma en su almarío. Sólo puedo decir que la ayudaré en lo que pueda.

No obstante, los tres contertulios nada hicieron por conocer a «la nueva». Y pasada aquella noche, perdió para ellos el único motivo de la atención que por un instante le dispensaron. Pero a Tondal la figura de «la Brasilera» se le fué imponiendo en forma especial: todo lo que fluía de aquella mujeruca le resultaba fastidioso; su mímica escénica, su voz afónica y desentonada, el pobre repertorio de sus canciones, y luego aquella especie de complacencia sin regodeos con que iba de mesa en mesa ingiriendo copas y soportando las «manifestaciones» de los contertulios.

Alguna vez «la bella Carmen» le había dicho:

—La pobre cumple con su deber y nada más. Aquí, para el dueño del *Tabarín*, tanto da que una sepa cantar tonadillas como empinar el codo...

Pero ni esa advertencia justa ni las constantes benevolencias de la bella Carmen modificaron la especie de animadversión que Tondal experimentaba por «la Brasilera» y que le impulsaba a aludirla con cierta acritud. Solía decir:

—Fíjate, Figueras, si es o no cierto que «la Brasilera»,

en materia de preferencias, tiene la democrática falta de escrúpulos de una mosca.

El caricaturista corroboraba muy serio:

—De una mosca de establo transportada a una dulcería.

Pero una noche Tondal entró solo al cabaret y seguro de que Figueras y Salteri no tardarían en venir a juntársele, ocupó la mesita de siempre y pidió una copa.

El cabaret estaba más animado que nunca; un bullicio ensordecedor apagaba la música y en las mesitas los grupos de bebedores y de mujerzuelas parecían más alegres que de costumbre. Algunos detalles le trajeron a Tondal la impresión de que en todas partes se discutía algo, algo de lo cual todos estaban en conocimiento.

De pronto sobrevino la bella Carmen.

—¿Qué le parece?—le dijo.

—¿Qué?

—¿Entonces no te has enterado?

—Vengo llegando.

—Pues, hijo, si llegas un poco antes asistes al burdel más indecente que he presentado en mi vida. ¡Y tú comprendes que he visto algunos!

—Bueno, tómame una copa y cuéntame lo sucedido.

—Mozo, un «italiano» con selz..., vaso grande... Te juro que estoy quemada por dentro. Figúrate que a «la Brasilera», a la pobre, el marido le ha dado de bofetadas aquí sin que nadie haya tenido valor para protestar de esa indecencia...

—Pero, ¿es casada?

—Casada, sí, y con hijos... Y él, que se da el lujo de andar elegante y tener caballos de carrera, la abandonó, ateniéndose a que su matrimonio es sólo religioso y que la ley ¡qué se yo! El caso es que la pobre para poder vivir se metió a tonadillera; yo misma la ayudé y así ha ido rasguñando para comer estos dos meses. Pero ayer no tenía un céntimo, se le enfermó uno de los chicos, y como estaba desesperada, yo le aconsejé que le fuera

a pedir dinero... No ha habido más... El bruto se lo negó, no quiso oírlo... Y ahora, borracho, vino a insultarme a mí, y como ella saliera a mi defensa, se le fué encima y... si no es por los mozos nos arrolla... ¿Qué te parece?... Ahora te prometo que si «la Brasilera» está como está es porque se pasa de honrada..., porque vale más que todas estas pelanduscas y si quisiera no le faltarían recursos... Tú la ves aquí de mesa en mesa, bebiendo y aguantando bromas y manotones; claro, tiene que hacerlo para conservar su empleo... Pero que venga alguien a decirme que fuera de aquí le puso una mano encima. Terminado su trabajo, derechita al rincón donde vive con sus dos nenes... Esto te lo puedo afirmar porque la pobre duerme en el cuartucho de la ropa, en la pensión donde yo estoy... Y yo la veo y a veces me da rabia porque una comprende que ningún hombre merece un sacrificio y que ser virtuosa es una simple porquería...

—Y ahora, ¿dónde está?

—Allá adentro, en el lavatorio... Mira, precisamente, aquí viene.

Tondal volvió los ojos y vió a «la Brasilera» avanzar hacia el centro de la sala; tenía los ojos enrojecidos y el cutis encendido.

La bella Carmen la llamó:

—Brasilera, ven...

Se acercó procurando sonreír con ese modo cortesanesco de las circunstancias; pero la sonrisa parecía descolgarse de la boca.

Tondal le dijo:

—Siéntese y si quiere servirse algo, pida. Sé que tiene motivos para estar apenada, de manera que no se esfuerce en disimular...

La bella Carmen le advirtió:

—Sí, hija, pide una copa y toma. No hay más remedio. Tondal, te agradezco esta atención, porque quiero que esos cobardes vean que «la Brasilera» tiene un amigo... Estoy segura de que ellos, por miedo al sinvergüenza que se las da de matón,

nò se habrían atrevido a invitarla y la habrían dejado sola, con el regocijo de esas estúpidas, a las cuales se las come la envidia. ¿Qué tienes, Brasilera?

La mujer, súbitamente empalidecida, repuso en voz baja:

—Tengo una angustia . . . , no sé, es una ansia de llorar, de llorar con todo el corazón . . . ¿Qué horas son ya?

—La una y cuarto . . .

—¿Usted quiere irse?

—Ella quiere, pero no le conviene—manifestó la bella Carmen

—Yo arreglo eso—dijo Tondal.

Y, efectivamente, después de breve gestión ante el dueño del cabaret, la Brasilera y la bella Carmen tuvieron permiso para retirarse. El joven las acompañó hasta la calle y las invitó a cenar. Ellas aceptaron. Una hora después las copas de oporto y la cena habían borrado en las dos mujeres todo vestigio del pasado barullo.

Tondal reconoció en silencio que los ojos de la tonadillera eran muy bellos, y muy bella la boca, de blanca dentadura. Cuando se levantaron para irse, la bella Carmen expresó:

—¿Nos acompañas?

—Si ustedes quieren . . .

Y le vino el deseo romántico de distraer a la maltratada mujer. Tomaron un auto, dieron vueltas y más vueltas por las calles silenciosas. Y cuando su camaradería se había hecho afectuosa, la bella Carmen propuso, con el aire de quien no tiene ya por qué disimular lo que adivina:

—Déjenme a la puerta de «la Montaña», quiero juntarme con la Chelo . . .

Y así se hizo. Luego . . .

El cominillo romántico se hizo más fuerte en el ánimo de Tondal, y con el propósito de mostrarse a la altura de aquélla, su obra de amigo desinteresado y comprensivo, ordenó al auto conducirlos a la pensión de la bella Carmen. Allí se despidió de la

tonadillera, ofreciéndose para en adelante como un compañero de quien ella podía disponer. Ella, agradecida, le tendió la mano sonriendo y en sus ojos le pareció a Tondal que despuntaba como un guiño de extrañeza; parecía que la actitud recogida y cortés del hombre, después de las particulares deferencias con que la había festejado, la sorprendía como otro homenaje que no se hubiera atrevido a esperar. Y la idea de que la mujer se daba cuenta de su caballerosidad satisfizo a Tondal.

Tras la mujer, que subió la escalera con pasos lentos, se cerró la puerta. Y aquel portazo tuvo para el hombre el poder de volverlo a la realidad.

Rehizo ahora el camino, y mientras encendía un cigarro, se iba diciendo interiormente:

—La verdad que todo esto tiene un sabor de cursilería espantosa. Si Figueras llega a saberlo, convendrá en que me he puesto en ridículo... La bella Carmen tendría para reírse con razón.

Pero la certidumbre de que nadie, aun cuando la misma «Brasilera» lo afirmara, creería en el tonto prurito romántico que lo había asaltado aquella noche, lo descansó. Y sólo entonces le pareció que en verdad había obrado bien creándole a una pobre mujer abandonada la tranquilidad de una noche y el bienestar del día siguiente, todo desinteresadamente, lealmente, románticamente.